



Muñoz, Adrián, *Radiografía del hathayoga*. México, El Colegio de México, 2016, 354 pp. ISBN: 978-607-462-946-0.

Autor de un libro sobre los yoguis *nāth*, importante orden religiosa en cuyo seno cobró forma y se popularizó la práctica del *hathayoga* (El Colegio de México, 2010), y compilador de uno más sobre el mismo tema (State University of New York Press, 2011), Adrián Muñoz nos obsequia una nueva obra en torno a esta compleja tradición india nacida entre los siglos XII-XIII y aún vigente, en especial en el norte de India. Lo hace, sin embargo, centrándose justo en la práctica del *hathayoga*, cuyo primer esplendor se remonta a los siglos XIII y XV, ganándose a partir de entonces un sitio definitivo en la historia del yoga. A primera vista, esto querría decir que se trata de un trabajo más especializado, volcado a un aspecto específico; sin embargo, debido al proceso de recepción que el *hathayoga* ha experimentado en las últimas décadas, a su acelerada popularización en el mercado contemporáneo del bienestar hasta el punto de diluir su esplendor clásico, se trata más bien, un tanto paradójicamente, de un libro con un alcance más amplio.

En todo caso, lo cierto es que esta publicación señala la maduración de un perfil investigador en torno a la tradición yóguica tardía en sus leyendas, en sus prácticas, en sus doctrinas. Muñoz se ha dedicado casi una década a pensar y repensar estos temas con rigor, y en ese sentido no es exagerado decir que, en el ámbito castellano, puede hablarse de una autoridad en la materia: tierra firme en medio del naufragio que viven categorías como yoga y *hathayoga*. Hay que decirlo pues desde ya: este libro no sólo no tiene parangón en español (ni dentro ni, por supuesto, fuera de la academia), sino que está llamado a convertirse en obra de referencia.

Cabe recordar aquí que, a pesar de su actual popularidad, es poco lo que sabíamos de la historia del *hathayoga*, y que el renovado interés es una secuela de los avances en el estudio académico de las tradiciones tántricas; sin duda la rama de la indología con mayores progresos en las últimas dos décadas. Por ejemplo, con el auspicio del Consejo Europeo de Investigación y la School of Oriental and African Studies (Universidad de Londres), recientemente se puso en marcha el Haṭha Yoga Project (<http://hyp.soas.ac.uk/>), del que se derivarán ediciones críticas y traducciones de textos fundamentales, artículos especializados, etc. En cierto sentido, *Radiografía del hathayoga* forma parte de este impulso pero con un enfoque más didáctico y limitado al mundo de habla hispana. Así, el libro recoge información que se está generando en el presente y la pone al alcance de la audiencia castellana.

Al respecto, la imagen de una radiografía resulta elocuente y aporta un ingenioso componente narrativo. De hecho, de ese elemento en el título pueden inferirse varias de las cosas que suceden en los ocho capítulos y poco más de 300 páginas que conforman el libro.

La palabra radiografía evoca estructura, armazón, fundamento, y desde esa perspectiva algo básico, elemental e incluso evidente. Al mismo tiempo, sin embargo, la

estructura que revela una radiografía está oculta a la mirada ordinaria, y desde esa perspectiva se trata de algo íntimo, profundo. El libro de Muñoz reúne precisamente estos dos extremos, lo elemental y lo profundo, y lo hace a través de cuatro placas radiográficas: la primera de carácter contextual, la segunda sobre tipos de yoga y sus correspondencias, la tercera sobre taxonomía, prácticas y simbologías, y la última sobre interpretación y apropiación. Esta cuádruple radiografía consigue pues introducir, acercar, pero no superficialmente sino hasta las entrañas. Estamos ante un libro introductorio, pero con la inusual particularidad de articular una exposición profunda y rigurosa. Varios factores contribuyen a ello.

En primer lugar, el discurso se sustenta en un amplio número de fuentes primarias, no sólo algunas comunes como la *Haṭhayogapradīpikā* o la *Śivasamhitā*, sino otras igualmente importantes pero menos conocidas como el *Dattātreya yogaśāstra* y el *Yogabīja*, y no sólo en sánscrito sino además en otras lenguas indias, notablemente el *braj-bhāṣā*, una forma de hindi medieval en el que se compusieron las *Gorakh-bānī*, citadas con frecuencia; además, el texto emplea de manera inteligente un amplio corpus de información especializada y actual; luego, desplegada esta sólida base histórico-filológica, el libro se mueve con confianza entre el pasado y el presente, emite juicios críticos y arriesga con algunas conjeturas novedosas.

Si volvemos a la imagen de la radiografía, parece claro entonces que ésta no se reduce a ofrecer una simple muestra; en realidad, la toma instantánea y su descripción casi fenomenológica tienen un fin más ambicioso: servir como base para la deliberación y el análisis. De este modo, el motivo radiográfico se desliza constantemente al modelo que le subyace, el modelo médico, ampliando el discurso a los síntomas, a la historia clínica, al diagnóstico.

No podría ser de otra manera tratándose de un fenómeno como el *haṭhayoga*, y más exactamente debido a la proliferación de prácticas y estilos de vida que reclaman una conexión con él, así como al carácter controversial de esa continuidad. De hecho, podría decirse que el tema exigía tal esfuerzo, y el libro no nos queda mal: acepta el desafío sin sucumbir a las salidas fáciles o a la solución única. Más aún, ese desafío es su punto de partida: “La elección del hatha sobre otras formas deriva no sólo de un interés personal en la historia religiosa y literaria de la India medieval y premoderna, sino también de la obvia relevancia que el hathayoga posee en el ámbito de las prácticas físicas en el mundo contemporáneo” (p. 16). O en un tono interrogativo: “El punto de partida, pues, constituye una interrogante: aquello que llamamos hathayoga, ¿es lo mismo que quería decir hace cien o quinientos años?” (p. 18).

Al respecto, el libro expone con sentido crítico la complejidad inherente a este proceso de apropiación, y pone en escena el dilema actual: convertido en una realidad universal pero amorfa, con una increíble capacidad de adaptación y mutación, el *haṭhayoga* (agazapado en títulos como ‘yoga trasnacional’, ‘yoga postural’, ‘yoga para el bienestar’ y, yo agregaría, ‘yoga secular’) parece gozar de una magnífica salud –“no le duele nada” afirma jocosamente Muñoz (p. 17)–; sin embargo, esto contrasta con una enajenación de “la tradición original (sea lo que sea que esto quiere decir)” (p. 18), al grado de que el nexo entre presente y pasado a veces parece ser meramente nominal.

Tras arribar a esta encrucijada, en vez de desdeñar el fenómeno como algo indigno para la sesuda reflexión académica, Muñoz lo reconoce en su patencia fenomenológica y lo usa para trazar una ruta por la que el pasado es relevante para el presente y viceversa.

Pero el asunto no es tan simple y el libro resiste con éxito una segunda tentación, la de envolver el pasado en un aura de pureza y verdad: el origen prístino. Al contrario, el libro enseña que el *hathayoga* antiguo, como cualquier otro producto social, fue siempre heterogéneo y sincrético, de modo que el laberinto actual no se resuelve en un camino único ni nos ha privado de una entidad bien delineada. Por lo tanto, la crítica al presente debe avanzar en la dirección contraria: si de algo puede culpársele es de haber simplificado el pasado al punto de proyectar sobre él un falso halo de homogeneidad en su afán de obtener legitimidad.

Y a este dilema, el libro responde acuñando una categoría iluminadora: en vez de la socorrida idea de una tradición del yoga parece más correcto hablar de una ‘cultura del yoga’: “A estas alturas, nos convendría dejar de hablar de una ‘tradición del yoga’ y empezar a hablar más bien de una cultura del yoga [...] Una ‘tradición’ sugiere un fenómeno más o menos unificado, algo que, como hemos visto, no sólo no sucede con los yogas; es más, tampoco tiene lugar dentro del propio hatha. Por el contrario, una *cultura* permite entender o agrupar diversas prácticas y soteriologías que comparten cosas, pero cuyos programas, agendas y motivaciones pueden discrepar enormemente” (p. 314).

‘Cultura del yoga’ es una categoría más transversal, horizontal, que resiste la tendencia a imaginar una línea unívoca, y que más bien presupone intercambios, dinamismo. El aporte no figura en el libro como una promesa; en realidad, *Radiografía del hathayoga* predica con el ejemplo, quizás incluso sin saberlo. Pienso sobre todo en la manera como hace frente –en vez de evadir, disimular o tergiversar– el complejo desarrollo del yoga en general y el lugar que el *hathayoga* ocupa en esa historia. En este punto, el libro se interna así en los pantanosos terrenos de la convergencia llamando la atención sobre varios empalmes decisivos pero escurridizos, en parte por la abrumadora cantidad de información, en parte, de nuevo, por la imposibilidad de seguir una línea sin fisuras o ramificaciones: la relación entre yoga y ascetismo, entre *hathayoga* y Tantra, entre *hathayoga* y los cultos al dios Śiva, el nexo con el mundo musulmán, la relación entre tradición sánscrita y tradición vernácula, entre muchos otros temas con una evidente atractivo para el interesado en las religiones indias y la cultura sánscrita en general. En todos estos casos, puede decirse que el libro sale bien librado. Tal vez la única excepción sea la poca atención que se le presta al budismo.

En el camino, fiel a su espíritu didáctico, el libro ataca además varios datos imprecisos y algunos mitos, elevados a dogma en el discurso popular. Por ejemplo, niega la portentosa antigüedad que suele atribuirse al yoga; desdice a quienes insisten en ver un “yogui primigenio” en el célebre sello núm. 420 del Valle del Indo; señala el carácter ambivalente –entre la santidad y la charlatanería– que rodea al adepto al yoga en varios episodios literarios; nos recuerda la irrelevancia de los *āsanas* –las posturas físicas hoy tenidas como sinónimo de yoga– en un sinfín de fuentes clásicas; establece la ausencia de una historia canónica detrás del hoy popular ‘saludo al sol’ (*sūryanamaskara*), etc.

En cuestiones estilísticas, el libro es ameno, está salpicado de paréntesis pertinentes e informativas notas al pie pero sin perder el hilo, y más bien creando un efecto positivo sobre la profundidad de los argumentos centrales. Además, son pocas las erratas considerando el amplio número de términos técnicos. Sobre esto, por cierto, el libro delinea indirectamente una terminología básica de mucha utilidad para el lector general, recogida al final en la forma de un glosario. Otra cosa que se agradece

es la nota bibliográfica sobre títulos que no fueron empleados, pero que pueden ser de utilidad para el lector que desee profundizar en temas clave como el tantra o el shivaísmo.

En suma, considerando la vigencia que tiene el tema del libro y su potencial audiencia, no sólo puedo augurarle éxito sino, idealmente, una larga vida a través de nuevas ediciones.

Aquí hay pues una herramienta en español para que aficionados y practicantes contemporáneos del yoga se informen y al hacerlo reflexionen sobre su quehacer. Para una audiencia más informada, el libro de Muñoz ofrece los elementos necesarios para no caer presa del lugar común o bien para respaldar con argumentos serios la suspicacia e incluso para iniciarse en el estudio de las religiones y filosofías de India. En todos estos casos, el libro demanda un esfuerzo, por supuesto. Pero sin duda el provecho será siempre mayor.

Óscar Figueroa
Universidad Nacional Autónoma de México